



Todo

Releyendo las "Rimas" de Bécquer

por Miguel de Unamuno

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, junio de 1923.

ESTAMOS preparando la publicación de unas rimas desconocidas de un poeta desconocido también, muerto hace poco, y que no quiso que revelásemos más que su nombre de pila, Rafael. Son poemas dedicados a la muerte de su novia, Teresa. La colección se titulará: "Teresa: rimas de un poeta desconocido, presentadas y presentado por Miguel de Unamuno". Las rimas están versificadas conforme a la más rigurosa tradición preceptiva y en ellas se ve el influjo de los románticos y sobre todo de Bécquer. Y con tal motivo hemos vuelto a leer las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer. Pasadas de moda, según dicen los nuevos poetas, pero que se siguen leyendo y mucho.

Hace pocos días hablábamos en Madrid con el gerente de la Biblioteca "Renacimiento", nuestra casa editora, y nos decía que sus correspondientes "le escriben que no les envíe ni libros que traten de la última guerra mundial, ni colecciones de cuentos y artículos, ni comedias ni poesías". Y al preguntarle si no vendía libros de poesía nos contestó que apenas, no siendo las de Bécquer, Gabriel y Galán y Rubén Darío. A muchos les parecerá esto una mescolanza, pero hay que tomar los datos como se nos ofrecen.

Lo de Bécquer no nos sorprende. Conocemos a muchos que se burlan de Bécquer y de su sentimentalidad

cursi— así dicen— y para ejemplificarla recitan versos del poeta que se los saben de memoria. Y esto es muy significativo. Eugenio de Ors dijo una vez que la musa de Bécquer le parecía un ángel tocando el acordeón. Y cuando lo leyó nuestro Rafael, nuestro poeta desconocido, y recién muerto, el de "Teresa", escribió una rima de las que nos dejó entre sus papeles, y que dice así:

Me muero de un mal cursi, becquerino,
se me agota el pulmón
y me cuna la muerte tu ángel cursi
con su acordeón.
Aquel acordeón que a mi Teresa
sostuvo el corazón,
aquel acordeón de aire marino
y de pura emoción.
De una emoción tan cursi y tan pasada
de moda ¡y con razón!
que mezcló nuestras lágrimas inútiles...
perdón ¡por Dios! perdón.
¿Oyes, Teresa, en estas noches claras
el divino acordeón?
mientras los sapos van de caza y
clincón, cliclón, cliclón!

En alguna parte de España se les llama a los sapos "clinciones".

Hemos vuelto a sentir su prestigio y a la vez a peccarnos de sus flaquezas. La mayor de ellas, a nuestro sentir, el que las anécdotas que canta no las supo elevar a categorías. Categorías poéticas y eróticas ¡claro! Pero eso acaso le favorece para su público, público femenino en general. Los cantos amorosos de Leopardi son más hondos y más sentidos y más enamorados, pero acaso lo que hay de categórico en "Consalvo", en el canto "Alla sua donna",

en el otro "A Silvia", en "Amore e morte" impida a muchos percibir la hondura de su emoción. Hay gentes que son incapaces de sentir si se les obliga a pensar al mismo tiempo. A pensar poéticamente, claro está. Hay quien niega sentimentalmente a las odas de Fray Luis de León — acaso nuestro más grande lírico de la edad clásica — porque pensaba su sentimiento. Y hasta nos hemos encontrado quien pretendía rebajar la excelencia poética, expresiva y emotiva de las inmortales coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre por lo que hay en ellas de sermón. Como es frecuente hablar de frialdad cuando lo que hay es sequedad.

Y a propósito de esto quiero transcribir aquí un pequeño romance que le envié al susodicho Rafael cuando después de haberse puesto en relación conmigo me hablaba del conceptismo y el didaclismo de nuestra poesía castiza y de sus méritos y deméritos. Entonces compuse y le envié este romance:

Con recuerdos de esperanzas
y esperanzas de recuerdos,
vamos matando la vida
y dando vida al eterno
cuidado que del descuido
de morir nos olvidemos.
Fué ya otra vez el futuro
será el pasado de nuevo,
mañana y ayer mejidos
en el hoy se quedan muertos.
Me he despertado soñando,
soñé que estaba despierto;
soñé que el sueño era vida
soñé que la vida es sueño!
Sentí que estaba pensando
pensé que sentía y luego





vi reducirse a cenizas
 mis pensamientos de fuego.
 Si hay quien no sienta la brasa
 debajo de estos conceptos
 es que en su vida ha pensado
 con su propio sentimiento,
 es que en su vida ha sentido
 dentro de sí el pensamiento.
 Flores da el amor al hombre,
 flores entre hojas al viento,
 mas también le da diamantes
 duros, cortantes y secos.
 No sólo el vapor calienta,
 no llaméis frío a lo seco,
 la carne enfría a menudo
 y suelen quemar los huesos.

Esto provocó algunas rimas de mi pobre y breve amigo, dedicadas a su Teresa, y en los que su Becquer quedaba muy enterrado. Pero siempre se le sentía como una de las raíces de su poesía. Le recomendé que leyese a Anzias March, el escolástico, el ardiente poeta lemosín de mediados del siglo XV, y como mi pobre y breve amigo era joven culto lo leyó y lo sintió. Y guardo un comentario que el cantor de esta nueva Teresa—que en nada se pareció a la de Espronceda—me envió sobre aquel pasaje en que el poeta valenciano dice que el dolor le ha de servir de escudo contra el olvido, cotejándolo con lo del "dolor sabroso" de Santa Teresa y con algunos versos de Vicente Wenceslao Querol, cotejo que me sorprendió profundamente.

Lo que no pude conseguir es que Rafael se reconciliase, ni siquiera en parte, con futuristas, ultraístas y demás cerebrales sin corazón, como él les llamaba. "Pongo la mano sobre sus metáforas — me escribía — y no

siento el latido de la fiebre". Y es que el pobre, febril de continuo por efecto de la dolencia que le llevó, no mucho después de haberse ido su Teresa, a la tierra, le media todo por su propia fiebre. "El romanticismo no volverá, don Miguel, no lo dude usted"—me escribía, dándole a ese tan asendereado término de romanticismo una significación acaso algo arbitraria. Y yo le contestaba que no tenía que volver porque no se ha ido.

No llegó el pobre a conocer los admirables poemas de esa excelentísima poeta — no digamos poetisa— que es Gabriela Mistral, la chilena, ni sé lo que hubiera dicho de "Los sonetos de la muerte", de "Interrogaciones" de aquella formidable oración que se titula "El ruego". Lo que sospecho es que mi pobre Rafael sentía que toda muerte en juventud es, en el fondo, un suicidio. Porque recuerdo lo que me escribió después de haber leído aquel desgarrador canto del más grande lírico portugués, de Joao de Deus, dedicado a la muerte de "Rachel".

Aquí se dice y se repite que la poesía ya no interesa, que no se lee poesía, que los libros de poesía no tienen compradores. Otros lo niegan y aseguran que vuelven a encontrar favor en el público. Haciéndole yo observar hace poco a un amigo mio los éxitos que hace treinta o cuarenta años alcanzaban ciertos poemas, como "El vértigo", de Núñez de Arce—éxito de librería—me replicó: "Es que lo leyó Rafael Calvo en el Español y para un libro de versos no hay otro anuncio que una buena recitación". Y pensé que acaso no le falte razón a mi amigo, porque las más de las gentes como no leen con los oídos, sino con los ojos tan sólo, no saben leer versos. Ni tampoco prosa.

Con lamentable frecuencia se en-

cuentra uno por ahí con cualquier marmolillo que le salta diciendo que lo que se diga bien en verso se dirá mejor en prosa y que no admite el verso más que para las letras de los himnos patrióticos — que suelen ser las más detestables de las letras, literariamente consideradas — o como medio pedagógico para ayudar a la memoria. Nada ha hecho más daño a la poesía que la pedagogía. Y esto es lo que realiza a nuestros ojos la subida excelencia de los poemas de Gabriela Mistral, que se trata... pero no, no se trata de una pedagoga, sino de una maestra. Que no es lo mismo, y que acaso es todo lo contrario.

Hay otra cosa, también pedagógica, que estropea la educación poética, y son esas antologías de poetas con notas gramaticales, filológicas y retóricas. Una vez le oímos a un hombre de fina percepción lingüística criticar acremente aquellos versos de Becquer que empiezan: "Volverán del amor en tus oídos..." y nos decía: "¿Qué? ¿Esos oídos son de ella o son del amor?" "A pesar de todo..."—le replicamos. Y luego hablamos de eso que algunos llaman el anquilosamiento de la sintaxis castellana y de esa leyenda de que allende el Océano se le ha hecho más flexible y más plástica y más... digámoslo en francés, "souple", a nuestra lengua. Leyenda a que dió aire aquel Remy de Gourmont que nunca llegó a saber español y que por no saberlo se hizo eco de esa y de otras fantasías por el estilo.

Pero aun nos queda mucho que decir sobre estas cosas a base de las rimas a su Teresa que nos ha dejado nuestro pobre y breve amigo que las cantó.

